



El destino histórico de las Doctrinas de Carlos Marx

El rasgo esencial de la doctrina de Marx, es el descubrimiento del papel histórico mundial del proletariado como edificador de la sociedad socialista. ¡Ha confirmado el curso de los acontecimientos en el mundo entero esta doctrina, desde que fué formulada por Marx?

La formuló Marx por primera vez en 1840. El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, aparecido en 1847, nos dá ya una exposición completa y sistemática, que sigue siendo todavía la mejor. Después, la historia universal se divide visiblemente en tres períodos principales: 1) de la revolución de 1848 a la Comuna de París (1871); 2) de la Comuna de París a la revolución rusa (1905); 3) de la revolución rusa a nuestros días.

Lancemos una ojeada sobre los destinos de la doctrina de Marx en cada uno de estos períodos.

En el comienzo del primer período, la doctrina de Marx no es todavía dominante. No es más que una de las numerosas tendencias, una de las corrientes del socialismo. Están en boga las de las formas del socialismo que por su fondo se asemejan a nuestro movimiento *narodniki* (1) incompreensión de la base materialista del progreso histórico, incapacidad de discernir el papel y la importancia de cada una de las clases de la sociedad capitalista «camuflajes» de la naturaleza burguesa de las reformas democráticas con la ayuda de diversas frases llamadas socialistas, sobre el «pueblo», la «justicia», el «derecho», etc.

(1) El movimiento *narodniki* (populista, literalmente, de la palabra «narod», pueblo) tomó después de la emancipación de los siervos en (1861) la sucesión del viejo liberalismo ruso que se habría consagrado antes de combatir el régimen feudal. Los *narodniki* veían el remedio a los males del país, no en la imitación del Occidente, sino en el retorno a las sanas tradiciones de la comuna rural y de la asociación del trabajo llamada *artel* que, a su parecer, diferenciaban radicalmente al pueblo ruso de todos los demás y debían conducirle directamente al socialismo sin pasar por los tormentos del capitalismo. Lenin definía como sigue la doctrina de los *narodniki*: «Este sistema de concepciones se distingue por los tres puntos siguientes: 1) apreciación del capitalismo en Rusia como un fenómeno de decadencia, de regresión. De aquí el deseo de «retener», de «contener la dislocación» de los pilares «seculares» de Rusia, por el capitalismo, y otras lamentaciones reaccionarias; 2) proclamación de la originalidad del régimen económico de Rusia en general y del campesino con su comuna, su *artel*, en particular. Los *narodniki* no creían necesario aplicar a Rusia la noción de las clases sociales y de sus conflictos, elaborada por la ciencia moderna... Negaban

ocultaban la existencia entre los campesinos de los antagonismos propios a toda economía mercante y capitalista... 3) desconocimiento de la ligazón de los intelectuales y las instituciones jurídicas y políticas con los intereses materiales de algunas clases sociales. La negación de esta ligazón, la ausencia de una explicación materialista de estos factores sociales, la obligan a ver en ellos una fuerza capaz de «empujar la historia en otra dirección...» (De qué herencia renegamos?, artículo escrito por Lenin hacia fines de 1897, en Siberia, donde estaba entonces desterrado).

La mejor época del movimiento *narodniki* se extiende de 1870 a 1881, con las organizaciones *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad), después *Narodnaya Volia* (La voluntad popular) que se lanzaron a la lucha revolucionaria directa y dieron a la revolución rusa un equipo de héroicos precursores. Lenin ha respetado siempre a héroes. Las represiones que siguieron a la muerte de Alejandro II, en 1881, aniquilaron las organizaciones *narodnikis*. El desenvolvimiento del capitalismo en Rusia, la formación de un proletariado numeroso y muy oprimido iba muy pronto a crear un terreno favorable para la socialdemocracia, llamada a crecer en la lucha contra las tradiciones de los *narodnikis*.

La revolución de 1848 asesta un golpe mortal a todas estas formas abigarradas, ruidosas y escandalosas del socialismo anterior a Marx. La revolución muestra, en todos los países, las diversas clases de la sociedad en acción. La matanza de los obreros parisienses por la burguesía republicana en las jornadas de julio de 1848 atestiguan para siempre la cualidad socialista del proletariado únicamente. La burguesía liberal teme la acción independiente de esta clase, cien veces más que la peor reacción.

El liberalismo poltrón trepa delante de ella. Los campesinos se contentan con la abolición de los vestigios del feudalismo y se pasan del lado del orden, vacilando muy pocas veces entre la democracia obrera y el liberalismo burgués. Todas las doctrinas concernientes al socialismo y una política fuera de las clases, prueban ser puras charlatanerías.

La Comuna de París (1871) termina este desenvolvimiento de las reformas burguesas; la República, es decir, la forma de Estado en la cual las relaciones de las clases se manifiestan de la manera menos disimulada, no se consolida más que gracias al heroísmo del proletariado.

En todos los demás países de Europa, una evolución más confusa y menos terminada, conduce a la misma sociedad burguesa ya formada. A fines del primer período 1848-1871, período de tormentas y de revoluciones, muere el socialismo anterior a Marx. Nacen partidos proletarios independientes: son

la Primera Internacional 1864-1872 y la socialdemocracia alemana.

II

El segundo período 1872-1904 se distingue del primero por su carácter «pacífico», por la ausencia de revoluciones. El Occidente ha terminado con las revoluciones burguesas. El Oriente no está todavía maduro para ellas.

El Occidente entra en la época de la preparación «pacífica» de las reformas venideras. Se forman en todas partes partidos socialistas, proletarios en su base, que aprenden a sacar partido del parlamentarismo burgués, a crear su prensa diaria, sus establecimientos de educación, sus sindicatos, sus cooperativas. La doctrina de Marx obtiene una victoria completa y se extiende. Lenta pero inflexiblemente, prosiguen la selección y el reclutamiento de las fuerzas del proletariado que se prepara para las batallas futuras.

La dialéctica de la historia es tal, que la victoria del marxismo en el terreno de la teoría obliga a sus enemigos a disfrazarse de marxistas. El liberalismo, podrido en su seno, intenta renacer en forma de oportunismo socialista. Interpreta el período de la preparación de las fuerzas para las grandes batallas, en el sentido de la renuncia a esas luchas. Comenta el mejoramiento de la condición de los esclavos gracias a la lucha con la esclavitud asalariada, como si los esclavos vendiesen por unos céntimos sus derechos a la libertad. Pregona cobardemente la paz social (es decir, la paz con la esclavitud, la renuncia a la lucha de clases y así sucesivamente). Los oportunistas tienen muchos partidarios entre los parlamentarios socialistas, los diversos funcionarios del movimiento obrero y los intelectuales «simpatizantes».

III

Apenas los oportunistas han terminado de glorificar la paz social y la posibilidad de evitar las tormentas en la democracia, cuando se abre en Asia la nueva fuente de las más grandes conflagraciones mundiales. La revolución rusa es seguida de las revoluciones turca, persa, china. Atravesamos precisamente hoy la época de estas tormentas y de su «repercusión en sentido inverso» en Europa. Cualquiera que sea la suerte reservada a la gran República China, que excita hoy los apetitos de las hienas «civilizadas», ninguna fuerza en el mundo podrá

reestablecer el viejo feudalismo en Asia, ni barrer de haz de la tierra el demócratismo heroico de las masas populares en los países asiáticos y semiasiáticos.

A fuerza de ver indefinidamente aplazada la lucha decisiva contra el capitalismo en Europa, personas desatentas a los factores de la preparación y del desenvolvimiento de la lucha de las masas, han sido arrastradas a la desesperación y al anarquismo. Hoy vemos todos lo miope y pusilánime que es esa desesperación anarquista.

No es la desesperación, sino el valor lo que se desprende del hecho de que ochocientos millones de asiáticos hayan entrado en la lucha por los mismos ideales europeos.

Las revoluciones de Asia han atestiguado la misma falta de carácter y la misma baja en el liberalismo, la misma importancia excepcional de la acción independiente de las masas democráticas, la misma neta diferenciación entre el proletariado y toda la burguesía. Todo aquel que, después de la experiencia de Europa y de Asia, hable de una política fuera de las clases y de un socialismo fuera de las clases, merece simplemente ser metido en una jaula y exhibido como un canguro australiano.

Europa se ha puesto en movimiento, como el Asia, pero no a la manera asiática. El período pacífico de 1872-1904 pertenece a un pasado perdido para siempre. La carestía de la vida y el yugo de los trusts, provocan la asperza sin precedente de la lucha económica que ha sacudido hasta los mismos obreros ingleses, los más corrompidos por el liberalismo. Madura a nuestra vista una crisis política en la propia Alemania, en esta ciudadela de la burguesía y de los junkers. La locura de los armamentos y la política imperialista hacen en la Europa moderna una paz social que se parece extraordinariamente a un barril de pólvora. La descomposición de todos los partidos burgueses y la maduración del proletariado, prosiguen mientras tanto irresistiblemente.

Desde la aparición del marxismo, cada una de las tres grandes épocas de la historia universal ha aportado nuevas confirmaciones y nuevos triunfos. Pero la época histórica que va a abrirse apostará al marxismo, doctrina del proletariado, un triunfo todavía más estruendoso.

Pravda, núm. 50 (254) 14-1 de marzo de 1913.

Firmado: V. I.

El significado de la revolución para nosotros

Juan Lanás, escritor ameno y talentoso que ha hecho su aparición en estas últimas semanas en las páginas de «La Hora» ha tenido en una de sus glosillas una frase que re-

clama comentario. Es la siguiente: «Nosotros no somos comunistas, porque sinceramente desechamos la simpleza de que con declarar el soviét y borrar el registro de la propiedad

está hecha la revolución».

Nos parece que en este caso la simpleza no está de nuestro lado sino en el predio de Juan Lanás. De dónde saca Juan Lanás que nosotros tengamos un criterio tan estrecho de la revolución? De dónde? Ni nuestras actuaciones en el país, ni los postulados de nuestras doctrinas le dan base para semejante afirmación. Aclare Juan Lanás sus espejuelos y dese cuenta de que tal doctrina de la revolución es de estirpe burguesa o pequeño-burguesa pero no de auténtica estirpe revolucionaria. Para la mentalidad de estructura pequeño burguesa — y esa es la mentalidad por lo general de nuestro intelectual — hacer la revolución es tomar los cuarteles y mudar de Pdte. Para el marxista, hacer la revolución es transformar las bases de la vida social, para lo cual el marxista considera indispensable depurar la mentalidad de las masas de perjuicios, mediante una verdadera acción cultural. Nosotros hemos afirmado miles de veces que perseguimos una revolución social y no simplemente una revolución política. Construir el soviét y destruir el Registro de la Propiedad a lo más significativamente revolucionario políticamente el país con lo que muy poco se habría avanzado. Por eso repetimos: La receta no es nuestra y huele mucho a mentalidad pequeño burguesa; a esa mentalidad que no distingue lo político de lo social y que hace girar sus esperanzas y sus entusiasmos alrededor de lo político. Casi estamos seguros de que si nosotros le preguntáramos a Juan Lanás su opinión sobre la última campaña electoral, nos contestaría: un desastre para ustedes los comunistas! Aquí no vale la pena de luchar! Las masas no responden! Abandonen ese idealismo estéril. Sin embargo nosotros no le haríamos caso a Juan Lanás. Nosotros sabemos que lo fundamental no es lo político. Nosotros creemos que estamos haciendo la revolución por más que todavía no hayamos tomado el poder, porque estamos capacitando intelectualmente a las masas para la acción decisiva del futuro. Nosotros sabemos que las masas nos han respondido en la medida en que hemos logrado revolucionar su mentalidad. Si por errores o por debiccias en nuestros métodos de lucha no hemos logrado darle más amplitud a esa revolución, eso no significa para nosotros que la revolución no pueda hacerse, sino que debemos rectificar líneas y métodos para continuar avanzando con mayor eficacia. Ahora bien, nosotros también sabemos que

el Poder Político puede caer en manos del Partido Comunista en cualquier país, sin que eso signifique que la revolución se haya hecho en ese país. Lo que se haya avanzado antes de la toma del Poder es trabajo adelantado por después. Si cuando la captura del poder llega impulsada por factores externos a un medio de terminado, la revolución ha avanzado poco, eso lo que significa es que la revolución va a comenzar con la toma del Poder. La toma del poder no es pues la revolución para nosotros, sino el comienzo de la revolución o un medio de completar la revolución. En Rusia el Partido Comunista tomó el Poder en 1917; pero a ningún dirigente comunista mundial le habrá oído Juan Lanás hablar de la «revolución consumada» sino de «la revolución en marcha». En Rusia no está hecha la revolución. Se está haciendo. Apenas se tomó el poder.

Todo lo anterior a propósito de lo que con seguridad nos contestaría Juan Lanás a la pregunta que formularíamos. De donde — y volvemos a nuestro punto de partida — la formulamos que nos endosa el escritor — «si bien se examina» — es más de él que de nosotros.

Y ya que acabamos de mencionar la revolución rusa, bueno es que hagamos otras consideraciones breves alrededor de la misma.

El Partido Comunista tomó el poder en Rusia. Pero se limitó acaso a abolir el Registro de la Propiedad y a establecer la organización soviética? No. Más todavía — alumbado por el marxismo que no es dogma sino realismo — estableció la propiedad privada después de haberla abolido; y el comercio; y la moneda; y una serie de instituciones características del viejo régimen. De ahí surgieron protestas de los sectarios y de los ignorantes. Pero Lenin y los otros dirigentes, no vacilaron. En aquel momento, para ellos hacer la revolución social no era abolir el registro de la propiedad; ni siquiera abolir la propiedad. La propiedad se ha ido aboliendo después conforme la revolución — la verdadera revolución — ha ido cristalizando en realidades. La revolución rusa se está haciendo a base de cultura, pero de una cultura que es real porque se asienta sobre el bienestar económico de las mayorías; y sobre todo porque es patrimonio de esas mayorías y no de minorías privilegiadas económicamente, como ocurre dentro del sistema capitalista.